

ÍNDICE

I.	PERIODISTA INFORMANTE	17
1.1	La libertad y las determinantes circunstancias históricas	17
1.2	La represión y la supervivencia	21
1.3	La libertad de información	24
1.3.1	La personalización de la represión.....	27
1.4	Cruzar la línea roja (lápiz de la censura)	29
1.5	Las opiniones de conciencia	33
II.	EL EJERCIO DE LAS LIBERTADES	39
2.1	La paciencia posible.....	39
2.2.	El desamparo del periodista	43
2.3	La Libertad de expresión	46
III.	LAS PRIMERAS SOMBRAS	49
3.1	La guerra civil.....	49
3.2	La incautación de la palabra	57
3.3	La prensa de los tiempos de siempre	60
3.4	La legislación de guerra.....	65
3.2.3	La retroactividad punitiva	67
3.3	La tolerancia del poder	70
3.3.1	Una vocación sentida	72
3.3.2	los Indicios de censura.	73
3.4	La escuela de Periodismo de Barcelona	76
3.5.	El regreso al diario de Burgos.....	81

IV. EL PERIODISMO DE AVENTURA	85
4.1 Lérida	85
Barcelona y La Vanguardia	93
4.2 La ley de Prensa de 1966	94
4.3 Su importancia en la información	99
4.4 Las realidades en la interpretación.	103
4.5 La apertura constituyente	107
4.6 La política informativa antes de la Constitución	109
4.7 El nombramiento de Director de diario	112
4.8 La política profesional.....	119
4.9 La información política.....	121
4.10 El periodismo informativo	126
V. LA OTRA SALIDA PROFESIONAL	131
5.1 La vida municipal	133
VI. DIRECTOR DE UN DIARIO	137
6.1 Experiencia única	137
6.2 El periodismo de opinión.....	140
6.3. Ocupación temporal a plazo fijo o una decisión anunciada	140
VII. LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA Y EL LECTOR PACIENTE.....	151
7.1 Una visión pacífica de la Prensa	151
7.2 La formación de los periodistas.....	154
7.3 La diligencia del periodista.....	158
7.4 El periodismo después de la Constitución	166
7.5 La ética y la deontología profesional	168
7.6 Los juicios paralelos	172
A MODO DE EPÍLOGO	179

A MODO DE INTROITO

En muchas ocasiones y circunstancias personales o ajenas, cuando, necesariamente por estas circunstancias y ocasiones, vuelves la vista, tu mirada, hacia atrás, y, también, por razones perentorias, de reencuentro de sentimientos personales, tratas de buscar los recuerdos de imágenes, palabras, personas que faciliten ese reencuentro, no encuentras esas salidas fácilmente, la que buscas para ese retorno de sentimientos. Y no sabes muy bien como estas imágenes, estos recuerdos y estas personas han mantenido su presencia en tu memoria. Preguntas, te preguntas, cuando han sido las fundamentaciones de esa vida compartida con la tuya. En todas las imágenes, en todas las palabras, hay, en ocasiones, otras personas; u otra persona difuminada, sin entornos perfilados.

Pero siempre hay otra persona, o un hecho, que te hace recuperar imágenes, palabras que son compartidas y que han tenido un significado en tu vida. Y son necesariamente comunes, solidarias. E incluso, en ocasiones, son divergentes con tus propias creencias e imágenes. Se que esta vuelta atrás en tu memoria, es una pretensión con poco sentido práctico. Especialmente cuando trato, como en estas memorias, que sean ordenadamente recordadas, aunque reconozco que son demasiados años y experiencias.

Sin embargo, la cuestión más ardua es que la memoria es lo que recordamos con las actualizaciones de nuestros conoci-

mientos de nuestras reflexiones inmediatas, de nuestras emociones pegadas a la vida, en ese momento. Todas las memorias se contemplan entre lo que pensamos que hubieran debido ser los hechos ajenos y los actos nuestros y los que hubiéramos querido vivir, ahora. Y también la selección instintiva de la memoria de cada uno que defiende a cada uno, casi siempre.

Ernesto Sabato, escribe en un libro, titulado “Antes del fin”, que el lector no espere encontrar en este libro las verdades más atroces. La memoria tal vez sea una forma de recordar lo que tiene algún significado en este complejo, contradictorio e inexplicable viaje hacia la muerte que es la vida de cualquiera”

Si escribimos libros de memorias es, precisamente, para comunicarnos con los demás, más allá de nuestra vida, y desquitarnos de lo inexorable, de la inestabilidad y del olvido.

En estas memorias, cronológicas, como he dicho, en su mejor parte, responden a esos enunciados mencionados anteriormente. Espero no haber tratado de ocuparme excesivamente del pasado, sin un atisbo de lo que será el futuro y no quiero hacer lo que recordaba recientemente Santos Julia de lo que escribía Charles Maier, “la adición a la memoria puede convertirse en neurastenia y discapacitadora”. Y recordar la frase de Chejov, “De boca de los viejos, en ocasiones, sólo se escuchan idioteces y calumnias”.

Pero en todo lo importante de tu vida, lo interior es mucho más importante que lo exterior. Y trataré de reflejar esa mayor importancia de lo interior sobre lo exterior, aunque falle el recuerdo. Siempre teniendo en cuenta que las cosas leves son las que alteran la vida. Suele decirse que las molestias más pequeñas son las que mas penetran. El alma, con esos escozores sensibles, se divide en inquietudes pequeñas y punzantes. En definitiva ha tratado de saber cómo es posible vivir juntos, con derechos dis-

tintos, con opiniones diversas, porque no existe un modo único en el que se deba vivir y convivir.

En el exterior siempre he mirado hacia delante. No me ha interesado, en ese aspecto, el pasado. Ni mío. Ni el de los demás. Pero, también en unas memorias, siempre, necesariamente vuelven las imágenes, las palabras y las personas de tus recuerdos, de tu interior. Son tus memorias, en algún momento, íntimas.

Sin embargo, como he explicado durante muchos años en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de Bellaterra, la libertad mas definida y definitiva de las personas es la del pensamiento de tu íntimo ser. Y con el pensamiento, los recuerdos que antes decía. Esa libertad de pensamiento llega a ser tan importante que desborda a la voluntad exteriorizada de la persona; a tu voluntad interior. Es superior a cualquier intento deseado, o no, de alejar imágenes, palabras o personas. No es posible. Vuelve, siempre. A veces para inquietarnos; otras para dulcificar, circunstancialmente, nuestras tristezas o nuestras decepciones. A veces, también para fijar perfiles confusos sobre la vida interior de cada uno. Sin posible oposición. La libertad de pensamiento es la libertad más y mejor arraigada en nuestra vida. No hay que dejar que nadie, entrometiéndose, entre en ella.

En estos recuerdos, en esta justa palabra, me hace meditar si lo pasado, durante si a los ochenta años en los que escribo estas notas retrospectivas, puede ser una nostalgia sin sentido. O una justificación de los hechos. Una acta de lo que debí hacer. De lo que se perdió en el camino, por tropezones con los demás; por piedras en el camino que no vi; ni las piedras, ni el camino. Y especialmente porque fui periodista, y abogado, por vocación muy intensa desde muy niño. Pretendía ser lo que Emerson denomina “un hombre razonable”. Esta vocación tenía, o al menos así lo entendí, por encima de flaquezas y desánimos —que de todo

hubo— un destino personal exterior, satisfacer mis principios de saber de los demás; y otro interior entrar en el ámbito en que se hacía ese esfuerzo humano: el intelectual de comunicar cosas interesantes para cada uno de los lectores.

Hubo, en esos años, en muchos años, de difícil práctica de las libertades, de todas las libertades. No pretendo hacer creer que es la libertad de información o la libertad de expresión la más grande de las libertades. Todas son grandes y trascendentes para la persona.

En esos tiempos difíciles había que adoptar una decisión que mantuviera una cierta de ética de tu conducta profesional. En cada momento, en cada día, en cada lugar, había que construir un equilibrio de tus compromisos sociales como periodista, con los compromisos éticos también como periodista, como señalaría Max Weber. Todo lo que se pretende, a veces, responde a ideas generales; para conocerlas específicamente necesitamos perspicacia, tacto y conocimientos específicos.

Como ha declarado hace poco tiempo un periodista francés, fundador de “Le Nouvel Observateur”, Jean Daniel, “La capacidad de hacer mal que tiene el periodista es devastadora”.

A través de estos criterios personales habría de describir el cauce donde discurriría mi vida profesional. Los límites de ambos lados, de ese interior y de ese exterior, el cauce que debía acoger mis deseos de libertad, de la responsabilidad con lo que la sociedad quería de mí; o no, y desarrollar esta responsabilidad de una manera comprometida y ética, con mi mismo.

Es posible que en muchas ocasiones estos principios hayan chocado con los otros profesionales periodistas e incluso con las asociaciones profesionales, últimamente tan preocupadas, algunas, por la autorregulación de la libertad de expresión. Pero creía que era una manera de defender unos derechos y unas

libertades, las de todos, de la sociedad. Pero, también, de mis derechos sociales, personales y profesionales.

No sabía bien cierto que es lo que hacía allí, en el diario Telexpress en este mi primer contacto, en 1977, con numerosos periodistas militantes o comprometidos. El periodismo que encontré al volver a ejercerlo en 1977 era un periodismo distinto del que había tenido contacto en La Vanguardia durante los años que estuve en la misma. Los hechos que se sucedieron, posiblemente adecuados a los tiempos en los que ocurrieron y no provocados por mí, me hicieron reflexionar y tomar una decisión definitiva profesional en un tiempo corto, claro, pero necesario e inapelable. No podía seguir caminando en una inseguridad de mi verdadera conducta con aquella ética con la que empecé. Con mi ética que no se si buena o mala, si es estricta o lasa. Pero es la mía.

Y me marché. Del diario. Y del ejercicio profesional. Y empecé mi vida externa de periodista activo a lector paciente. Es una experiencia, la una y la otra, lo que con apasionamiento, trato de reflexionar ahora.

No puedo hablar de esa comunicación que difundía y esa comunicación que recibía a partir de un determinado momento de mi vida haya sido satisfactoria. No lo ha sido. Con carácter general. Ni cuando desempeñaba el trabajo de periodista; ni cuando, pasivamente, esperaba, como lector, recibir información de los periodistas, en cuya convivencia estuve más de veinticinco años. Empleo la palabra satisfactoria para no oscurecer ningún perfil personal de algunos periodistas —que se lo merecen— ni para meterme en actitudes personales, que no es el motivo de estas notas. No pretendo, ni aunque lo pretendiera creo que estas notas fueran algo más que una recreación de mi vida interior y de la vida exterior de una vida profesional sencilla y de una actitud